



Carteleras y prospectos

Los prospectos (programas de cine) los solía repartir “Azules” en la Plaza Nueva los domingos a la salida de misa de doce. Le daba preferencia a las personas mayores, lo que nos obligaba a los niños a pelearnos de mala manera para conseguir uno. Después hubo más repartidores, y más cines, lo que causaba una dispersión en los solicitantes que nos multiplicaba las posibilidades. Los padres nos cogían aquellos a los que nuestra pequeñez no llegaba. Pero había algunos que nunca conseguíamos. Recuerdo uno de Lola Flores que lo buscamos hasta en la imprenta, y allí, por amistad con mi padre, siempre dispuesto a complacernos, conseguimos algunos ejemplares.

Podías averiguar su procedencia por un sello que solían tener en el dorso, en el que se anunciaba el cine y a veces la fecha de estreno, especialmente los más antiguos. Nos impresionaba leer fechas de 1929 o 1931, y es que la guerra era para nosotros una referencia temporal muy fuerte.

Se solían coleccionar. Yo miraba con envidia los de mi prima, que se remontaban a los tiempos entonces oscuros de la República, pero salvo algún caso aislado, todos teníamos los mismos, y era difícil el cambiarlos por otros. Algunos eran desplegados, o con silueta recortada, e incluso recuerdo el de “Sucedió mañana”, que venía con un periódico en miniatura. Eran pequeños tesoros, que no respetábamos, porque les pintábamos bigotes y barbas a los “artistas” (lo de actores y protagonistas vino después) o los recortábamos de mala manera.

Las carteleras principales estaban en las Cuatro Esquinas. Cuando salíamos de los Maristas calle Las Torres arriba, nuestra primera parada era ir a verlas. Entonces había cuatro cines de invierno, y casi podías asistir a un estreno diario, y ver una película todos los días. La inauguración del Palacio Erisana, aunque sus precios eran más altos, abrió nuevas posibilidades, y disponía de su cartelera propia, polo de atracción irresistible para nosotros.

“Echan una de Gregory Peck, y en el Principal otra de Tyrone Power...” Y lo pronunciábamos así: “tirone pover”, porque los conocimientos de Inglés en nuestra niñez eran nulos. Éramos de Francés.

Los empresarios Ortiz de Galisteo y Emilio Longo competían entre sí en exageraciones para publicitar sus películas. Longo, muy amigo de mi padre, llenaba de hipérboles la cara de atrás de los prospectos y los comentarios en las carteleras: “¡Sensacional, Inigualable, la meca del cine, la magistral Antoñita Colomé...!” Luego, en persona, cuando se paraba con nosotros en la calle, era mucho más sencillo en su expresión, e intercambiaba con mi padre impresiones sobre la poesía.

Nunca más he vuelto a sentir la emoción por el cine de aquellos años. Iluminaba nuestros días de trabajo y estrecheces, nos abría mundos exóticos, alejados de las rutinas diarias, y nos hacía creer, en nuestra insignificancia, que estábamos destinados a aventuras y logros como los que nos mostraban en blanco y negro. Una épica que se fue de nuestras vidas sin mirar hacia quienes dejaba atrás.